

V. RIQUEZA Y FELICIDAD

Parece como si todo hombre fuere capaz de mantener cierta suma de felicidad, que ninguna ley humana puede acrecentar ni circunstancia alguna disminuir, porque es enteramente independiente de la fortuna. Decidle a quien quiera que compare su situación presente con la pasada, y probablemente no se hallará en conjunto ni mejor ni peor que antes.

-GOLDSMITH.

Debiéramos educar a los jóvenes en la ciencia de la felicidad, de modo que pudieran encararse con un multimillonario pobre en lo demás y decirle: “*Me propongo que mi vida sea toda ella un éxito, y no tan sólo un éxito material.* Si alguien obtiene de la vida más provecho que yo, bienvenido sea.”

¡Qué desgracia fuera para el mundo que la riqueza pudiese dar la felicidad, como a la mayor parte de las gentes les parece! Si la riqueza fuese esencial a la felicidad y el hombre hubiera de ser rico para ser feliz, siempre fuera feliz el rico y desdichado el pobre. Pero las riquezas no dan de por sí la felicidad. Para que el dinero haga feliz a un hombre es preciso que lo emplee bien, sin convertirlo en halagador de concupiscencias. La riqueza en manos de ignorantes y bellacos, no puede contribuir a la verdadera felicidad, porque nadie puede ser verdaderamente feliz sin un elevado ideal y un alto propósito en la vida.

Muchas gentes se engañan con la idea de que la felicidad consiste en la satisfacción de sus deseos y no reparan que el deseo es tan insaciable como el mar y tanto más alborotadamente ruge cuanto con mayor premura cedemos a sus exigencias.

Dijo un filósofo romano: “Nunca están los ricos satisfechos”. El halago de nuestros egoístas apetitos intensifica el hambre del alma. La buena conducta es lo único que puede consolidar permanentemente la felicidad, pues los bienes puramente materiales son transitorios y perecederos.

Una de las mayores desilusiones del rico es no poder comprar la felicidad con su dinero, pues el dinero no satisface más que una parte de nuestro ser, ya que no sólo de pan vive el hombre.

Todos conocemos a hombres sin fortuna que erigieron su carácter en firmísimo baluarte y se forjaron una muy recia personalidad. No son multimillonarios del dinero, pero son multimillonarios del carácter que tienen su relicario en multitud de amantes corazones.

Verdaderamente pobre es el rico en dinero y menesteroso en espíritu.

A este propósito dice Franklin:

Nunca hizo el dinero feliz a un hombre y nada tiene de por sí capacidad de dar la felicidad.

En las ciudades populosas hay ricos cuyo nombre nunca aparece asociado a las obras meritorias: que nunca socorren al pobre ni prestan su concurso a levantados propósitos, ni les conmueve el espíritu público, ni pertenecen a corporación alguna cuyo objeto sea ayudar a la humanidad. Están enteramente envueltos en sí mismos y no conciben que les quepa gastar dinero en otra cosa que en sus gustos, y así se tornan tan empedernidos avaros, que nadie les llora al morir.

¿No es extraño que cuando tantas pruebas tenemos de que la felicidad sólo dimana de los anhelos legítimos, de las buenas obras, de la servicial benevolencia con el prójimo, pongamos tanto ahínco en adquirir riquezas materiales y tan poco en fomentar lo que nos daría acabada satisfacción?

Conozco a un rico al que preguntaron que acción de su vida le había dado mayor felicidad, y respondió que el pago de una hipoteca sobre la casa de una pobre mujer a quien iban a embargársela. Lo más probable es que este hombre espera hallar felicidad incomparablemente mayor en la acumulación de riquezas; pero el rescate del hogar de una desdichada mujer le proporcionó el gozo más intenso de su vida.

Algunos de los más preclaros talentos que he conocido carecían de bienes de fortuna; pero abundaban en los que ni el dinero puede comprar ni la codicia adquirir.

Decía Jorge M. Pullman luego de haber agenciado pingües riquezas:

No soy ahora ni un ardite más feliz que cuando no tenía más dólar mío que el trabajosamente ganado desde la soleada mañana a la escarchada tarde. En la pobreza más grande sería tanto si no más feliz que ahora.

Y Rusell Sage afirmaba:

Las riquezas no son más que vanidad y aflicción de espíritu.

¿Por qué ha de valer más de lo que yo tengo lo que otros tengan? ¿He de disfrutar menos de lo mío porque alguien tenga más? ¿Por qué he de menospreciarme a mí mismo y adular servilmente a quienes lograron amontonar dólares? ¿Acaso es el dólar la medida de las cosas de verdadero valor? Hay en el hombre algo de valía infinitamente mayor que cuantos bienes materiales pueda acopiar en torno suyo.

Si nuestra mente está siempre enfocada en las artimañas del lucro y en nuestros egoístas intereses, nada nos quedará de cuanto pueda hacernos verdaderamente felices.

El afán de riquezas es primero un hábito vicioso y después una enfermedad, tan peligrosa como la morfinomanía. Así como los fumadores de opio pierden el sentido moral y en cambio despliegan maravillosa astucia para procurarse los medios de satisfacer su ardorosa pasión, de la propia suerte la codicia sofoca el sentimiento de amor al prójimo y acrecienta el egoísmo.

Muchas gentes debilitan sus energías y retardan su mejoramiento por el erróneo concepto que tienen de la vida. La codicia de los bienes ajenos les impide disfrutar de los propios.

Para ser felices hemos de satisfacer a nuestra conciencia, pues algo hay en nosotros que condena toda acción egoísta tan acerbamente como una acción delictuosa. Nunca es feliz el codicioso, avaro y egoísta, porque la naturaleza humana en que predominan estas inclinaciones queda incapacitada para cuanto despierta amor a la vida.

Sólo hay una felicidad verdadera: la que no conoce reacción contraria ni deja tras sí tormentosos recuerdos. El halago de los apetitos

egoístas produce una fatal reacción, que incapacita para el logro de la verdadera felicidad.

La mayoría de las gentes exageran el valor del dinero, porque no aciertan a compararlo con el de una mente educada y un delicado y apacible temperamento. Todo cuanto de atractivo tienen las riquezas está erizado de tentaciones, especialmente para los caracteres débiles, frívolos y ligeros. La riqueza trae consigo muchos enemigos que nos incitan a obrar en perjuicio de nuestros supremos intereses, con quebrantos de nuestra salud y degradación de nuestro carácter.

Dice Emerson que las tierras son dueñas de su dueño, y con esto significa que el acrecentamiento de las riquezas es incentivo de todo linaje de placeres sensuales y halago de toda clase de apetitos. La opulencia es enemiga de la sencillez de vida y nosotros estamos constituidos de manera que la vida complicada no es la más a propósito para nuestra mayor felicidad.

Muy perniciosa doctrina es la que establece la verdadera felicidad en los bienes materiales, en vez de fundarla en las cualidades del carácter. Cuanto más se tiene más se desea y en vez de llenar, abrimos un vacío.

Una cuenta corriente en los bancos no basta para enriquecer al hombre. Por dinero que tenga, jamás será rico el pobre de corazón.

Tan imposibilitado está el egoísmo de saborear las delicias de la suprema felicidad, como el ciego de admirar los resplandores de una puesta de sol.

¿Cómo ha de ser feliz el hombre que agenció fortuna por medios egoístas, rastreros y cobardes y que explotó a quienes le ayudaron a labrarla, en vez de auxiliarles en el logro de su independencia?

Las gentes infortunadas se forjan su propio purgatorio al atribuir excesivo valor a las cosas materiales. No hay más grave error que cifrar la felicidad en el halago de apetitos egoístas. Si el hombre eliminara de su ser cuanto en él aspira, espera, cree y anhela; si se desprendiese de todos menos de su naturaleza inferior, gozaría de la satisfacción del bruto, pero no de la felicidad del hombre. Y esta satisfacción del bruto es la única posible para algunos potentados, tan sólo

capaces de disfrutar los bajos goces del apetito animal, pues les están vedados los goces puros hasta que actualicen sus facultades superiores.

El dinero significa para muchas gentes la irrestringida satisfacción de sus apetitos y les parece que con sólo tener dinero para ello han de ser felices y forjan toda clase de planes para acallar la voz interior, que condena sus malas acciones. Tratan de encontrar la felicidad en una fortuna adquirida por medios sospechosos y no aciertan a comprender por qué el dinero y la influencia social no pueden comprar la dichosa existencia que apetecen.

El hombre que torcidamente allegó riquezas puede fundar escuelas, construir hospitales, alimentar y vestir al pobre; y sin embargo, no halla la felicidad por cuyo logro se afanó toda su vida, pues no es posible comprar la felicidad, como no se compra el amor o el reposo. Sé de hombres ricos miserablemente infelices que gastan el dinero a manos llenas afanosos de obtener la felicidad, que sólo dimana de la rectitud y pureza de vida.

El egoísmo, si llega a darse cuenta de lo que es, se desprecia interiormente por su codicia de arrebatar los bienes ajenos para acrecentar algo más los propios. La conciencia nos remuerde cuando tratamos de sobreponernos a los demás y sustraer de ellos injustas ventajas, como si nos repartiéramos dividendos a costa de su infortunio. Conocemos que todo esto es inicuo y algo hay en nuestro interior que por ello nos reconviene. Nadie puede ser verdaderamente feliz si no obra según las acciones que en otros admira. Si hacéis algo que reprobaríais visto en otro, forzosamente habréis de reprobarlo en vosotros mismos, y por lo tanto, necesitáis la sanción de vuestra conciencia para ser felices.

Las verdaderas riquezas no están al alcance del dinero y son independientes de la fortuna. No las quema el incendio ni las anega el naufragio ni las extravía el descarrilamiento.

Con mucha frecuencia vemos gentes que empobrecen su alma y sofocan los delicados sentimientos que hermocean la vida, encenagándose en los groseros placeres sensuales o amontonando riquezas terrenas. Unas cuantas hectáreas de polvo, una hilera de casas, una suntuosa morada con hermosos muebles, elegantes ropas y vajilla de plata labra-

da, cuando no se emplean debidamente, son bien poca cosa para satisfacer los anhelos del alma inmortal.

Centenares de ricos hay en cuyo hogar no veréis un libro inspirado, ni un cuadro, ni una estatua de espiritual significación, nada de lo que pueda levantar el pensamiento a los altos fines de la vida. Se echa de ver mucha ostentación de riqueza vulgar, preciosos cortinajes, alfombras y muebles y decorado costosísimo, pero nada que despierte sentimiento y espiritualidad.

En cambio, en no pocos hogares modestos hallamos lo que ennoblece la vida y la eleva sobre la vulgaridad y sordidez y estimula al alma a remontar el vuelo.

No se ven allí costosos cuadros ni tapices, ni siquiera alfombras en el suelo; pero encontramos libros escogidos, cuya índole denota la delicadeza de sentimientos del dueño de la casa, envuelta en un espiritual ambiente de amor y benevolencia, que inunda de belleza y encanto la humilde morada.

Hermosura de alma, bondad de corazón y espiritual temperamento son los muebles que transforman en palacio la cabaña y sin los cuales la más lujosa mansión es desmantelado cobertizo.

Me decía no ha mucho un empleado:

Soy un modesto mecánico y mi principal me habla como a un fracasado de la vida, porque no soy rico ni tengo negocios por mi cuenta. Me dice que cualquiera, con un adarme de sesos y redaños, es capaz de labrarse una fortuna en esta tierra de la oportunidad.

Pero él y yo discrepamos al apreciar en qué consisten el éxito y la felicidad en la vida. Hay lo que podemos llamar éxito de empresa, es decir, el triunfo en la especialidad en que lucremos, y también hay el éxito en todos los órdenes de la vida. Quien logra aquel éxito se coloca a la cabeza de su especialidad, pero se rezaga en la marcha general de la vida, al paso que quien alcanza este otro éxito lo identifica con su individualidad.

Mi principal me mira por encima del hombro y me tiene por nadie, porque no vivo en un barrio tan aristocrático como el suyo ni puedo disponer de automóvil. Mi familia no viste con el lujo de la suya

ni mis hijos pueden tratarse con quienes tratan los suyos. No pertenecemos a su categoría social. A mí no me invitan a juntas ni frecuento despachos de directores. Sin embargo, vistas las cosas de cerca, gozo entre cuantos me conocen de mayor estimación que mi principal, a quien todos tienen despectivamente por un solapado vividor. Las gentes ponen los ojos en su dinero, no en él; cortejan y adulan a su fortuna.

A mi entender, hay enorme diferencia entre amontonar dinero y construir el hombre interno. De muchacho comencé a trabajar para mi principal por tres dólares a la semana. Al cabo de pocos años ya era maestro mecánico y me pareció tener por mi empleo mayor respeto que él por el suyo. Una hermosa pieza de forja, un trabajo bien hecho me deleitaba como un cuadro soberbio deleita al artista; pero mi principal miraba su negocio tan sólo como el medio más práctico de amontonar dinero. Era un congénito acuñador de moneda. Sin embargo, creo que en la vida hay algo infinitamente mejor que amontonar dinero.

En efecto, no consiste la verdadera riqueza en tener mucho dinero, ni da el dinero las más cumplidas satisfacciones. Únicamente la riqueza del alma, la desinteresada generosidad, el amor inegoísta, la mano auxiliadora, el corazón compasivo, dan positivo valor a las riquezas legítimamente adquiridas con el trabajo honrado y proporcionan a su dueño el gozo de quien sabe que está realizando el verdadero fin de su vida.

Tiempo atrás, recorrí larga distancia para visitar una muy humilde casa de Amesbury, en el Estado de Massachusetts, que intrínsecamente no valía más allá de unos cuantos cientos de dólares, pero que cobraba inestimable precio por haber vivido en ella Juan Greenleat Whittier. Las gentes cruzan tierras y mares para visitar esta casa en peregrinación. Los entusiastas admiradores del poeta arrancan de aquel paraje pedacitos de madera, flores silvestres, hojas y todo linaje de memorias para recordar que allí vivió un hombre de nobilísimo carácter.

Miles de norteamericanos consideran al ingenuo poeta Whittier como uno de los más ricos tesoros de América, y sin embargo, nada valioso dejó en el mundo sino sus poéticos cantos.

No os moféis de quienes piensen que hay en el mundo algo mejor que el dinero y la adoración del becerro de oro. Los monumentos en los parques y plazas públicas perpetuarán en los siglos la memoria de heroicas vidas, cuando ya nadie recuerde el nombre del multimillonario. El egoísmo no entraña la inmortalidad. La codicia es naturalmente infecunda, y a lo sumo engendra hijos de corta vida. ¿Quién vio jamás a las gentes ir en peregrinación a las casas de los millonarios que nada hicieron en beneficio del mundo? ¿Quién insultaría la memoria de Whittier preguntando si fue rico? ¿Quién profanaría el nombre de Lincoln inquiriendo qué fortuna legó a su muerte, o quién se atrevería a decir que su pobreza no le permitió ser varón insigne? Centenares de hombres y mujeres vivieron y murieron en míseros hogares, en buhardillas y aun en casuchas, y sin embargo, enriquecieron el mundo con sus obras y cooperaron al bienestar de las gentes y al progreso de la civilización con mayor eficacia que muchos millonarios. Hombres que en su vida dispusieron de modesta fortuna legaron nombres cuya fama no dejará morir el mundo.

¿No visteis hombres sin un céntimo que por la exuberancia de su carácter enaltecieron a todo un pueblo? ¿No hay hombres pobres cuya presencia enriquece a sus convecinos? ¿No sabéis de hombres que, a pesar de su pobreza, se aquistan el amor de los niños de la vecindad? ¿No veis que hay hombres cuya pobre morada miran todos como un santuario?

No es ser rico engolfarse en un negocio, aglutinarse en complicada vida y fatigarse en la ansiosa lucha por acopiar cuantiosa fortuna. El consumado egoísmo de los hombres exagera el valor del dinero y de lo que con dinero puede lograrse. El auxilio del prójimo es lo más valioso del mundo, y si no lo hacemos así seremos verdaderamente pobres, aunque poseamos millones, y no podremos gozar plenamente de la vida.